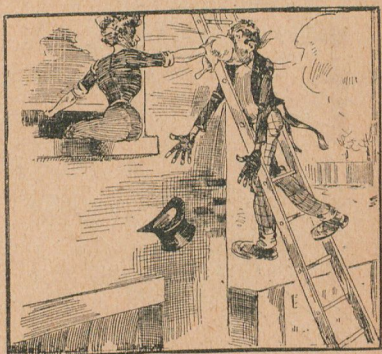


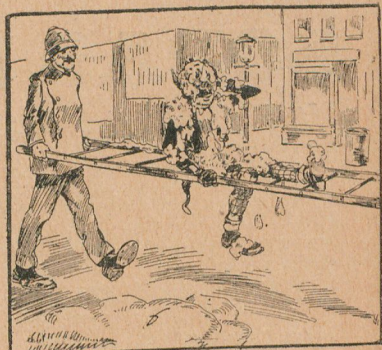
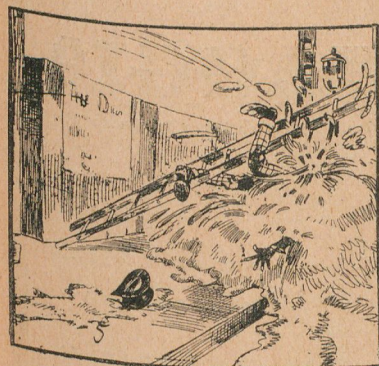
Atorra. — Todos los que salimos de los bailes, pasamos ahora mucho frío. Naturalmente, las mañanas son fuertes y con el traje de etiqueta... Pero ¡qué linda señorita veo entregada á la higiene doméstica en aquella ventana! Me entusiasma: empiezo á sentir el calor del entusiasmo que es mi única estufa.

Voy á subir para hablarle con elevación y ofrecerle mi casa; quizás me declare. Aprovecho esta escalera que dejaron aquí junto á la mezcla los albañiles. ¡Pucha! la niña es muy elegante. ¿Será ahora moda limpiar vidrios estilo Imperio?



Buen día, Hortensia. Supongo que usted conocerá aquellas sublimes palabras que dicen: "Amaos los unos á las otras". Pues yo...

La señorita. — ¡Tome, atrevido!... ¡Ay lo maté! ¡Dios mío, auxilio! ¡Hiii, hiii!



Atorra. — (Con voz ahogada) — ¡Cuánta mezcla! ¿Por qué se construye tanto en Buenos Aires? ¿por qué hacen tantas casas? ¿para qué se necesitan? ¡Ah! si todos fueran como yo, no ocurriría esto. Pero la imperfección humana es muy grande.

El vigilante. — Che, Imperfección, tenés que pagar la multa de los 50.  
Atorra. — ¿Pagar yo 50 pesos? Vigilante, hay cosas que no debe decir un representante de la autoridad. No blasfeme.